

CAPÍTULO II

DONDE EL ESTUDIANTE DE TEOLÓGIA QUIERE MARCHAR
SOBRE MADRID

Hemos descuidado un poco el relato de las aventuras de don Cornelio Lantejas para no interrumpir el curso de otros acontecimientos. Mientras que él espera con Costal el resultado de la traición del artillero gallego, es la oportunidad de hacer saber cómo la economía paterna, de que ya le hemos oído quejarse, no sin algo de razón, le había lanzado de nuevo á una serie de peligros ante los cuales los que le habían hecho correr los tigres y las serpientes de cascabel enlazadas por encima de su hamaca, no eran, como dijo Sancho, sino tortas y pan pintado.

El estudiante, provisto de un buen caballo, regalo de la munificencia de don Mariano Silva, no tardó en volver á la casa paterna, demasiado rápidamente, pues si esta vez como la primera, su viaje hubiera durado dos meses, las circunstancias habrían sido enteramente distintas para él.

Desde hacía largo tiempo estaban terminados sus estudios; y como se disponía á irse para Valladolid para sostener allí su tesis y hacerse conferir las órdenes, juzgó conveniente su padre poner á su disposición una mula

asustadiza y reacia que había cambiado, con buen artificio, por el caballo regalado por don Mariano.

El estudiante se puso en camino, llevando la bendición paterna y un cúmulo de recomendaciones de cuidar su mula y de guardarse de la mancha de la insurrección.

Las pocas casas de la aldea de Carácuaro se dibujaban ya en lontananza delante de él, cuando en una revuelta del camino, hallóse en frente de una cabalgata compuesta de tres jinetes. Esto fué dos días después de su salida. El estudiante iba ocupado en repasar en su memoria los elementos de Teología que se había metido en la cabeza á fuerza de libros y que le parecía haber olvidado completamente desde que se había puesto en camino.

En el momento en que pensaba menos en cuidar su mula, el animal, espantado á la repentina vista de los jinetes, se encabritó y le arrojó tan violentamente al suelo que, dando su cabeza contra una piedra del camino, perdió enteramente el conocimiento.

Cuando recobró los sentidos, se encontró sentado á la orilla del camino, con el cráneo medio hundido y además sin su mula, la cual aprovechando el momento en que los jinetes echaban pié á tierra para no ocuparse sino en él, creyó conveniente regresarse del camino á la carrera.

De los tres caballeros, uno parecía ser el amo y los otros dos los criados. El primero dirigió la palabra al estudiante.

— Oiga Ud., hijo mío — le dijo — su estado, sin ser grave, exige cuidados que Ud. no encontraría en la aldea pobre y malsana de Carácuaro, que está á más de dos leguas de aquí, sin duda alguna. Lo mejor que Ud. puede hacer, falto de caballo, es montar en ancas de uno de mis criados y acompañarnos á la hacienda de San Diego, á una hora de camino de aquí. Es la dirección que ha tomado su mula, y yo enviaré á uno de los vaqueros á cogerla. Después volverá Ud. á tomar su camino desde allá dentro de unos tres días. ¿Adónde va Ud.?

— A Valladolid á recibir las santas órdenes.

— ¡Muy bien! Somos del mismo gremio — dijo el caballero sonriendo. — Tal como Ud. me ve, yo soy el indigno cura de Carácuaro, José María Morelos de quien no está Ud. seguro de haber oído hablar.

El gran nombre de Morelos, en efecto, era perfectamente desconocido en esa época. El estudiante, sin embargo, no pudo evitar su asombro ante el singular atavío del caballero. Sus vestidos eran andrajosos. Tenía atada á la silla una escopeta de dos cañones, de los cuales sólo uno parecía ser útil; y dentro de una vaina de cuero, un sable con la empuñadura enteramente tomada de orín.

Sus dos criados, equipados más mezquinamente aún, se hallaban armados cada uno con un mosquete de cañón de cobre.

— Y Ud., señor Padre — preguntó Lantejas á su vez — ¿adónde se dirige Ud.?

— Yo, respondió el cura sonriendo aún — voy por de pronto, como le he dicho, á la hacienda de San Diego y de allí á apoderarme de la ciudadela de Acapulco en cumplimiento de las órdenes que he recibido.

Tales eran los aprestos del general cuyo nombre brilló tanto después. Tales sus recursos de guerra que la historia por lo demás, se ha encargado de consignar en sus páginas. A aquella respuesta, Cornelio abrió desmesuradamente los ojos; pero quiso creer más bien que su cerebro cascado había comprendido mal, que suponer atacado de enajenación mental al respetable cura.

— Pero entonces, ¡Ud. es insurgente! — exclamó no sin espanto.

— Sin duda y desde hace mucho tiempo.

Lantejas montó á grupas de uno de los criados y no agregó una palabra más. Después, al cabo de una media hora, como no viera sobre la frente del cura ni en las de sus escuderos, ni asomos de los terribles ornamentos de que hacía mención la pastoral de monseñor don Antonio Bergosa, comenzó á creer que bien podían no ser siempre los insurgentes, presas del demonio. No obstante, prometiéndose no prolongar su viaje con el cura

de Carácuaro más allá de la hacienda de San Diego, como hacer allí lo más corta posible su residencia en compañía tan sospechosa.

Acababa el estudiante de hacer este arreglo con su conciencia cuando de repente, bajo los ardientes rayos del sol, sintió fermentar sus ideas de modo tan extraño, que no sólo le pareció muy natural aquella insurrección principiada por sacerdotes, sino que se puso, sin poderse contener, á entonar á plenos pulmones una canción guerrera que improvisó y en la que el belicoso campeón trataba sumamente mal al rey de España.

No supo sino más tarde en qué estado llegó á la hacienda de San Diego y cuántos días estuvo allí bajo la influencia de una fiebre cálida, resultado de las fatigas del camino y de su herida. Sólo tenía un vago recuerdo de sueños dolorosos durante los cuales oía constantemente ruido de armas y por encima de todo, sentíase sacudido cual si le hubiesen lanzado á un mar tempestuoso.

Un día despertó azorado, en un cuarto muy pobremente amueblado; luego se acordó de su caída y de su encuentro con el cura de Carácuaro. En fin, sintiéndose con fuerzas para saltar de la cama, se arrastró hasta la ventana del cuarto con el objeto de darse cuenta del tumulto que oía.

El patio al cual daba la ventana, se hallaba lleno de hombres armados, unos á caballo, otros á pie. Lanzas adornadas con banderolas de diversos colores, espadas, fusiles, sables brillaban al sol por todos lados. Los caballos piafaban, relinchaban bajo sus jinetes. En suma: aquello era como el alto de un cuerpo de ejército.

La debilidad obligó al herido á acostarse otra vez; y esperó con impaciencia y sobre todo con una hambre devoradora, que alguien llegase á darle explicaciones sobre su posición.

Al cabo de media hora, un hombre entró al cuarto del enfermo en quien éste reconoció á uno de los servidores de Morelos. Aquel hombre llegaba de parte de su amo á preguntar por el estado de su salud.

— ¿En dónde estoy, amigo mío, por favor? — le interrogó después de haber contestado á sus preguntas.

— En la hacienda de San Luis.

El estudiante llamó á sus recuerdos que se reportaban á la hacienda de San Diego.

— Ud. se equivoca : esta es la hacienda de San Diego — replicó.

— La hemos dejado desde ayer. No estábamos seguros allí... ¡Qué diantre! no es conveniente, por muy buen patriota que uno sea, gritar sus opiniones sobre los tejados...

— No le comprendo, interrumpió Lantejas : quizá sea todavía por el efecto de la fiebre.

— Lo que digo es sin embargo muy claro — replicó el criado. Nos hemos visto obligados á dejar la hacienda adonde estaban para llegar á prendernos las tropas reales, á causa de la fogosa exaltación de las opiniones políticas de un cierto don Cornelio Lantejas.

— ¡Cornelio Lantejas! exclamó el estudiante con angustia. ¡Pero ése soy yo!

— ¡Lo sé muy bien, caramba! Vuestra Señoría no se ha recatado de gritarlo con todas sus fuerzas desde la ventana, proclamando á mi amo generalísimo de todas las tropas insurgentes ; y nos las hemos visto negras para impedirle á Ud. marchar sobre Madrid.

— ¡Madrid, en España!

— ¡Bah! dos mil leguas por mar, no significaba nada atravesarlas para Ud. « ¡Soy yo, yo, Cornelio Lantejas, quien se encarga de derribar al tirano! » — decía Ud. Entonces nos vimos en la necesidad de desalojar nuestro puesto sin tardanza, transportándolo á Ud. en una litera, pues mi amo no quiso abandonar á un partidario tan ardiente que se comprometía por amor por él. Hemos llegado aquí en donde ¡palabra de honor! gracias á los hombres que se nos han juntado, podrá Ud. dar rienda suelta á todo el ardor de su patriotismo, por más que su cabeza esté puesta á precio según sospecho.

El joven había escuchado con horror y lleno de pro-

funda estupefacción el relato de sus proezas. En seguida, el criado añadió :

— Por lo demás, mi amo, para no quedarse atrás de quien lo ha proclamado generalísimo, ha nombrado alférez á Vuestra Señoría y su ayudante. Ud. hallará el nombramiento debajo de su almohada.

Y diciendo estas palabras, el criado salió dejando á don Cornelio aterrado bajo el peso de estas revelaciones espantosas.

Apenas hubo salido del cuarto, el estudiante llevó precipitadamente la mano á la cabecera de su cama. El fatal nombramiento estaba allí.

Lo estrujó con rabia y se lanzó de nuevo hacia la ventana para retractarse á gritos de todo participio en la insurrección, como los primitivos cristianos que, en medio de los idólatras, confesaban el santo nombre de Dios ; pero su mal genio velaba.

En los momentos en que iba á abrir la boca para gritar que rechazaba toda complicidad con los enemigos de España, sus sentidos se turbaron de nuevo, sin que por ello dejara de darse cuenta de que sus labios gritaban : ¡Viva México y muera el tirano! Sus fuerzas se agotaron ; y cayó otra vez extenuado sobre su lecho.

Esta vez el síncope fué de corta duración ; y no tardó en recobrar sus sentidos y advertir que se hallaba rodeado por hombres armados que parecían, á juzgar por algunas frases cambiadas entre ellos, espiar con interés el estado en que se encontraba.

Entre aquellas voces reconoció la del mismo Morelos que decía :

— ¿Cómo explicar esta repentina simpatía por nuestra causa? Este joven se halla bajo el imperio de una alucinación febril.

— Si el más ardiente patriotismo no hirviese en el fondo de su alma, la espuma no subiría á la superficie — replicó otro personaje llamado don Rafael Valdovinos.

— ¡Qué importa! exclamó Morelos — yo no puedo creer que mi ascendiente...

Un recién venido interrumpió al cura de Carácuaro, en los momentos en que el estudiante abría los ojos sin atreverse á desmentir la opinión que se externaba acerca de él, pues todas aquellas miradas le intimidaron profundamente. Este nuevo personaje era un hombre vigorosamente tallado, de marcial apostura y cuyos cabellos y cuya barba principiaban á encanecer. Su aspecto denotaba unos cincuenta años.

— ¿Y por qué, mi general, dijo el desconocido estrechando la mano que le tendía Morelos, este valiente joven no habría de experimentar como yo, el ascendiente de su persona, desde la primera mirada? No es sino desde hoy que yo lo conozco á Ud. y sin embargo, jamás tendrá Ud. un partidario más ardientemente consagrado que yo. Respondo de este joven. Es de los nuestros para siempre.

Y al decir estas palabras, el desconocido envolvía á don Cornelio en una mirada tan dulce y tan formidable á la vez, que al joven, al mismo tiempo que se sentía temblar de pies á cabeza, le subyugaba tan invencible encanto, que no pudo menos de confirmar con un gesto, la garantía que se daba en su nombre.

Ese hombre era aquel á quien los historiadores llaman el terrible, el grande, el invicto don Hermenegildo Galeana, el Murat mexicano, á quien muy pronto se vería en cien encuentros, poner su lanza en ristre y arremeter contra el enemigo, como el ángel de las batallas, lanzando su formidable grito de guerra: « ¡Aquí está Galeana! » Enemigo temible y amigo tierno y cariñoso, á todos hacía experimentar su irresistible influencia.

Más feliz que Murat, Galeana debía caer sobre el campo de batalla, rodeado de cadáveres amontonados por su mano; y más feliz aún que el guerrero francés, debía morir fiel al hombre á quien había jurado consagrar su vida.

— Sea como sea — prosiguió Valdovinos — yo sé que el general Calleja ha puesto á precio la cabeza de este joven como las nuestras.

— ¡Y bien, alférez don Cornelio — añadió Galeana —

prepárese Ud. para marchar mañana y para hacerse digno del puesto á que ha sido elevado; no le faltarán las ocasiones.

Al mismo tiempo tronó bajo la ventana la detonación de una pieza de cañón; y como Morelos se asombrara chanceando de tener ya artillería bajo sus órdenes, Galeana tomó otra vez la palabra y dijo:

— Señor General, ese cañón forma parte de nuestra herencia paterna. Cuando en nuestra casa nacía un hijo ó un Galeana dejaba de vivir, ese cañón servía para anunciar nuestra alegría ó nuestro duelo. Es de Ud. como nuestras personas.

Luego, avanzando hacia la ventana, exclamó con aquella voz ante la cual bien pronto los españoles aprenderían á huir:

— ¡Viva el general Morelos!

Gritos que partieron del patio, respondieron á los suyos; un chaschás de sables que salían de sus vainas, ruido de fusiles resonando sobre el suelo pedregoso y relinchos de caballos se mezclaron á los clamores del entusiasmo. El cuarto del enfermo quedó vacío en un instante; el cura de Carácuaro bajaba para estrechar las manos de sus nuevos soldados. Lejos de participar de aquel belicoso ardor, el estudiante sintió frío en el alma. Pensó con tristeza en sus estudios teológicos que iba á descuidar en medio de los campos, y sobre todo, en su cabeza puesta á precio como la de un rebelde. Todo aquello, gracias á la parsimonia de su padre en la compra de la maldita mula, como antes en la del caballo de picador. Lantejas se vistió melancólicamente y echó una triste mirada al patio en medio del cual iban y venían por todos lados los hombres armados. Un negro cargaba otra vez el cañón que acababa de dar la señal de la guerra civil. Este negro era Clara que de su propia autoridad, tomó el mando de la primera pieza de artillería que Morelos tuvo á su disposición, la cual, con el nombre de *el Niño* que la historia de México le ha conservado, debía más tarde hacerse tan célebre.

Antes de pasar adelante, diremos en dos palabras lo que aconteció desde que el estudiante, montado á la grupa del criado de Morelos, llegó á la hacienda de San Diego, hasta el instante en que, aún privado del conocimiento y transportado en litera á la hacienda de San Luis, había tenido aquel terrible despertar.

A poca distancia de San Diego, Morelos se encontró con un partidario insurgente, don Rafael Valdovinos, que batía los campos con algunos hombres que se apresuró á poner bajo las órdenes del cura de Carácuaro.

Como éste supiese que el Gobierno español había enviado á Petatlán, pequeña aldea de los alrededores, armas suficientes para equipar un cuerpo de ejército, pensó que aquellas armas estarían mejor para sus futuros soldados. Así pues, resolvió apoderarse de ellas con los hombres de Valdovinos, lo que fué empresa de un instante y se transportaron á la hacienda de San Luis.

La fama de este feliz cuanto atrevido golpe de mano, precedió hasta allí á Morelos; y cuando llegó, se le unieron, casi al mismo tiempo, don Juan José y don Hermenegildo Galeana que le llevaban setecientos hombres mal armados con veinte fusiles y el cañón *el Niño* de que hemos hablado.

Fué precisamente en los momentos en que Morelos acababa de distribuir las armas de los milicianos de Petatlán, en que se verificaron las escenas de que fuera testigo el pacífico Lantejas, transformado por una serie de extrañas circunstancias en el alférez más contristado que pudiera hallarse en los dos campos de españoles é insurgentes.

Ya se pensará cuán atrozmente agitada pasaría aquella noche. Había tenido el honor de cenar á la mesa del general con su estado mayor improvisado; y era quizás á la cantidad de alimentos que había tragado con toda la voracidad de un convalesciente, á la que era preciso atribuir los sueños espantosos que le atormentaron. Es necesario también agregar á todas estas causas, su averción por los combates. No soñó sino con batallas y que

se veía, en calidad de insurgente, de extraño modo transformado y enrolado en una legión de diablos.

Cuando los primeros rayos del sol penetraron en su estancia, abrió los ojos con transporte de dicha para sacudir la influencia de la pesadilla que le abrumaba; pero le pareció que aun despierto continuaba soñando. Oyó un gran tumulto en el patio dominado siempre por sonidos ya roncós, ya agudos y siempre tan desapacibles de un instrumento sin nombre, que durante algunos instantes creyó oír la trompeta tocada por el mismo Satán á sus escuadrones infernales.

Bañado de frío sudor, el alférez acabó de despertar sin que por eso escapara del todo al terror que le causaba aquella música, que era en realidad el clarín que ordenaba ensillar; pero que él recordaba haber oído ya en circunstancias espantosas; pues quien producía aquel barullo infernal, no era otro que el Indio Costal á quien Lantejas hallaba, con gran sorpresa suya, en las filas de la insurrección. Costal había sido el primer clarín de Morelos, con su concha marina, como el negro Clara había sido su primer artillero.

Cornelio sin embargo lo ignoraba en el momento en que oía los sonidos guerreros de la trompa del Indio. Se armó de todo el valor que pudo despertar en sí mismo y bajó á tomar su puesto para la marcha.

La primera persona á quien encontró, fué al terrible Galeana; y tembló de que una de sus penetrantes miradas descubriese el corazón de la liebre bajo la piel del león; felizmente el valiente guerrero tenía algo más que hacer que escudriñar los pensamientos de un oscuro alférez y todo el mundo se engañó con el marcial continente que Lantejas supo darse. La única pieza de artillería tronó por última vez y todos dejaron en buen orden la hacienda de San Luis.

Otros partidarios más ó menos en número de mil, habían venido á unirse á Morelos durante la noche. Todos fueron muy luego, gracias al instinto guerrero que se despertaba en el cura de Carácuaro, disciplinados como

jamás tropa alguna de insurgentes lo había sido hasta entonces.

Ya la toma de Acapulco parecía no ser el sueño de un espíritu enfermo; y después de largos días de penosa marcha, encontramos á Morelos sobre las riberas del Océano Pacífico, á la vista de la plaza que se le había encargado tomar.

Dos meses de combates en los cuales Morelos salió siempre vencedor, habían aguerrido un poco á Cornelio. Había adquirido la reputación de valiente, bien que con frecuencia su corazón hubiese estado á punto de desfallecer.

La primera vez que vió fuego, se hallaba lado á lado de don Hermenegildo Galeana. Este había tomado tal ascendiente sobre él, que los relámpagos de sus ojos le aterraban más que la presencia del enemigo. Su formidable Argos combatía en primera fila; y su lanza y su machete hacían tal vacío alrededor de su caballo que un círculo infranqueable al hierro de los españoles parecía haber sido trazado alrededor de él, lo que dejaba sin trabajo á la espada que Lantejas blandía con mano temblorosa.

Quedó tan satisfecho de esta primera prueba, que desde entonces escogía siempre aquel mismo lugar. Había también otro hombre que de ordinario peleaba al lado de Galeana: era Costal. Pero éste, en valor de buena ley y en fuerza física, apenas si cedía al mismo Galeana.

Galeana y Costal eran para el alférez dos ángeles tutelares en las batallas. Entre ellos asistió al combate casi en seguridad, pues casi no puede decirse que en él tomara parte.

Sin embargo, llevaba su gloria como un fardo muy pesado para sus hombros. Desertar era imposible: su cabeza estaba puesta á precio; y por otra parte Morelos había dado al lugar del río Sabana, donde había establecido su cuartel general, el sobre-nombre inquietante de *paso á la eternidad*, queriendo decir así que los que

abandonaran su causa ó atacaran su campo, se embarcarían para el gran viaje.

Mientras se verificaban estos sucesos, Lantejas recibió respuesta á varias cartas que había escrito á su padre haciéndole saber que, gracias á la mula reacia que había comprado de lance, había tomado las órdenes en calidad de subteniente en el ejército revolucionario y que sostenía su tesis á sablazos, lo que le había proporcionado el insigne honor de ver su cabeza amenazada de ser cortada en lugar de tonsurada.

Después de entusiastas enhorabuenas por su intrepidez que hasta entonces había él disimulado tan cuidadosamente, la respuesta llevaba la noticia de que se había obtenido la gracia del virrey, á condición de que abandonara el partido de Morelos para poner el valor de su brazo al servicio de España.

Esta última cláusula no era tampoco de su agrado. ¿Habría hallado en las filas de los españoles dos protectores como los suyos? Además, aparte del afecto mezclado de admiración que le inspiraba su bravo y hábil general, y de su profundo reconocimiento por don Hermenegildo, temblaba á la idea de encontrarse cualquier día, como enemigo, al alcance de la lanza ó del machete del formidable Galeana.

Tomó un término medio. Resolvió no decir una palabra al general de la carta de su padre y limitarse á pedirle una licencia que él se prometía prolongar, una vez obtenida, hasta el infinito. Se ha visto ya el éxito que tuvo.

Tales fueron, en resumen, las aventuras del estudiante de Teología desde su partida de la hacienda de Las Palmas hasta el instante en que le hemos encontrado otra vez bajo la tienda del general Morelos y le hemos acompañado al puente de Hornos.

Allí, Costal y él, con los ojos fijos aún en el Océano, cuya sábana de azul sombrío se extendía á sus pies, continuaban mudos cuando el lamentín se sumergió de repente bajo el agua con un grito lúgubre, pronto apagado por una detonación.

— ¡La ciudadela está tomada! — exclamó Lantejas.
— Pepe Gago nos ha traicionado — dijo el Indio — lo sospechaba.

Las frecuentes descargas que se oían, probaban que Costal no se equivocaba. Las tropas mexicanas se hallaban en completa derrota. Los dos hombres se aventuraron á dejar su puesto; y tan luego como llegaron á un pequeño desfiladero que se llama *Ojo de Agua*, un terrible espectáculo hirió sus ojos.

Un hombre tendido á través del estrecho paso gritó en aquel instante:

— ¡Vive Cristo! ¡Cobardes! ¡Pasarán sobre el cuerpo de su general!

Eran la voz y la persona de Morelos que no podía contener la huída de sus soldados sino interceptando con su cuerpo el único punto por donde podían pasar en su fuga. Los que huían se detuvieron, es verdad; pero después de un asalto infructuoso, el general se vió decididamente obligado á batirse en retirada. Aquel era su primer descalabro en tres meses.

He aquí lo que había pasado: el destacamento, sostenido por una fuerte reserva, se había aproximado á la puerta que guardaba y debía entregar el sargento de artillería después de cambiar las palabras convenidas de reconocimiento.

La voz del sargento no tardó en hacerse oír á través de la puerta preguntando si, conforme á los convenios, el general en jefe se hallaba presente. Morelos, temiendo alguna traición contra su persona, había hecho responder que se hallaba á la retaguardia. El sargento nada replicó, sin duda disgustado de este contratiempo; pero los soldados españoles, prevenidos de antemano, hicieron sobre los insurgentes á través de las troneras, una descarga imprevista que les mató mucha gente y los puso en fuga.

No habían aún aparecido los primeros fulgores del día, cuando dos hombres se hallaron de nuevo sobre el puente de Hornos. Uno de ellos era Costal; pero esta vez Clara le acompañaba.

La tea de resina ardía aún en el farol, diseminando una claridad más pálida, pues los tintes del crepúsculo comenzaban á suceder á la obscuridad de la noche.

— Ud. ve este farol, Clara — dijo el Indio; — Ud. sabe para lo qué debía servir, pues que se lo acabo de contar; pero lo que Ud. ignora, es el juramento que hice contra el traidor que se ha burlado de nosotros.

— ¡Lléveme el diablo si atino cómo podrá cumplir Ud. este juramento! — replicó el negro respondiendo á lo que el Indio acababa de decirle.

— Ni yo tampoco — dijo Costal — pero en fin, como he prometido á Gago que se acordaría del farol del puente de Hornos y que tendría mucho gusto de poder ponérselo bajo los ojos en caso necesario, no debo dejarlo expuesto aquí al capricho del primero que venga. En todo caso, esta señal es ahora inútil.

Y diciendo estas palabras, Costal desató el farol del poste y lo apagó.

— Ayúdeme á abrir un hoyo bastante grande para enterrarlo y volverlo á hallar cuando me convenga — continuó el Zapoteca.

Los dos compañeros, con ayuda de sus cuchillos, no tardaron en abrir en la tierra una cavidad capaz para ocultar el farol que Costal empaquetó cuidadosamente con la vela de resina que contenía.

Después, terminada ya la operación:

— Ahora, Clara, amigo mío — dijo el Indio — siéntese aquí y discurramos los medios de apoderarnos de la fortaleza y del picaro que tiene adentro.

— Con mucho gusto — respondió el negro. Ambos se sentaron gravemente; y la deliberación comenzó.